

Gregorio Doval

El pequeño libro de las grandes anécdotas



EL PEQUEÑO LIBRO DE LAS GRANDES ANÉCDOTAS

Las 1.000 anécdotas más divertidas
y curiosas de todos los tiempos

Gregorio Doval



alienta
EDITORIAL

© 2017 Gregorio Doval, c/o Thinking Heads

© Centro Libros PAF, S.L.U., 2017

Alienta es un sello editorial de Centro Libros PAF, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-16928-07-1

Depósito legal: B. 1.289-2017

Primera edición: febrero de 2017

Preimpresión: Pleka

Impreso por Egedsa

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

SUMARIO

<i>Proemio</i>	7
1. Gente de dinero y gente sin dinero.....	9
2. Emprendedores y empresarios	41
3. Clientes y empleados	85
4. Quiebras y crisis	109
5. Pifias y meteduras de pata	141
6. Oportunidades perdidas	177
7. Frases para olvidar	193
8. Anécdotas empresariales	213
9. Respuestas fulminantes	231
10. Comentarios mordaces	281
11. Astucias, estratagemas y salidas airosas	309
12. Otras anécdotas curiosas	337
<i>Anécdotas a recordar</i>	387
<i>Índice de personajes mencionados</i>	389
<i>Sobre el autor</i>	399

I. GENTE DE DINERO Y GENTE SIN DINERO

“ ”

1. Se cuenta que el general y estadista ateniense Temístocles II (525-460 a. C.) prefirió para marido de su hija a un ciudadano pobre, pero instruido, antes que a uno rico, pero de notoria ignorancia. Cuando le preguntaron el porqué, él respondió con claridad de ideas:
 - Me satisface; prefiero un hombre que necesite riquezas a riquezas que necesiten un hombre.

2. Sócrates (470-399 a. C.) solía visitar a un hombre muy rico, y un discípulo se atrevió a afeárselo:
 - Si visitas a los ricos es porque te gusta la riqueza.
 - Tus deducciones son como las de un niño que no ha llegado a la edad de la razón —le respondió el filósofo—. ¿Qué me dices de los médicos que visitan a los enfermos? ¿Significa esto que les gustan las enfermedades?

3. El filósofo griego Aristipo de Cirene (c. 435-c. 360 a. C.) era muy criticado por su excesiva afición al dinero, sobre todo por Platón (c. 427-347 a. C.). Por eso, apenas supo que Dionisio I el Viejo, el tirano de Siracusa, había obsequiado a Platón con un libro, comentó:
 - Platón ha recibido un libro, y yo una suma de dinero. Los libros encierran la sabiduría: es evidente que tanto Platón como yo hemos recibido lo que más necesitábamos.

4. En cierta ocasión le preguntaron a Diógenes el Cínico (413-327 a. C.) a qué se debía que los hombres ricos dieran limosna a los pobres y nunca ayudaran con su dinero a los filósofos.
 - La razón es que los ricos tienen miedo de llegar a ser pobres, pero ninguno teme a llegar a ser filósofo, cosa que no ha ocurrido nunca.

5. En otra ocasión le pidieron opinión a Diógenes sobre cuál era la mejor hora para comer, a lo cual el filósofo contestó:
—La mejor hora para los ricos es cuando quieren, y para los pobres, cuando pueden.
6. Se cuenta que el prestamista y senador romano Marco Licinio Craso (c. 115-53 a. C.) —que ha pasado a la historia porque, en el año 60 a. C., formó el primer triunvirato, junto con Pompeyo y Julio César— tenía, además, otras ocupaciones mucho más lucrativas. Según parece, Craso organizó lo que se ha considerado el primer servicio de bomberos en la ciudad de Roma. Esto sería positivo si, además, no hubiera organizado simultáneamente un grupo de incendiarios que le procurase trabajo al otro grupo, así como pingües beneficios a él. Sus servicios estaban condicionados por una extraña norma: cuando se le notificaba que una casa estaba ardiendo, en primer lugar se la compraba al dueño, y después apagaba el fuego. Si el propietario no quería vendérsela, dejaba que la casa se quemara. Llegó a ser tan proverbial la avaricia de Craso que murió en la batalla de Carras, asesinado de un modo atroz por sus enemigos partos, que le capturaron cuando él iba a parlamentar, introduciéndole por la garganta oro fundido, en alusión precisamente a su codicia.
7. Un tal Pacuvio, que intentaba pedir algún dinero al primer emperador de Roma, Augusto (63 a. C.-14), ingenió la siguiente estratagemma:
—Señor —le dijo—, corren voces de que me habéis dado una crecida gratificación. Todos me dan la enhorabuena; apenas hay quien no hable de ello.
—Déjalos hablar —repuso Augusto—, pero tú no lo creas.
8. Cuentan las crónicas que el príncipe de Orange, Filiberto de Chalôns (1502-1530), que también ostentaba el título de virrey de Nápoles, viendo los grandes gastos que le ocasionaba el sostenimiento de su casa, decidió hacer ciertos recortes drásticos en su presupuesto doméstico. A tal fin, el aristócrata flamenco tomó una dolorosa decisión: despidió de golpe a nada menos que veintiocho de los numerosos jefes de cocina que tenía a su servicio.

9. Al tomar posesión de su cargo, al sucesor del duque de Vendôme (1654-1712) en el gobierno de cierta provincia francesa le presentaron, por mera costumbre, una bolsa con mil monedas de oro, al tiempo que le decían:
- Vuestro ilustre antecesor no quiso aceptarla.
 - ¡Oh! —contestó el sucesor, embolsándose el dinero—. El duque de Vendôme era un hombre inimitable.
10. El político, científico e inventor estadounidense Benjamin Franklin (1706-1790) estaba enseñando la ciudad de Filadelfia a unos visitantes extranjeros cuando un grupo de gente extrañamente vestida pasó junto al grupo. Uno de los visitantes le preguntó:
- ¿Quiénes son esas personas?
 - Pertenece a una secta religiosa y se llaman cuáqueros
- contestó el improvisado guía.
- ¿Y en qué creen?
 - Creen en el seis por ciento de interés compuesto.
11. El político inglés John Elwes (1714-1789) es conocido por inspirar a Charles Dickens el personaje del quizá más famoso avaro de la historia de la literatura, Ebenezer Scrooge, de su obra *Canción de Navidad* (*A Christmas Carol*). Elwes, miembro del Parlamento británico, aunque poseía una gran fortuna, vivía como un pobre: llevaba la ropa raída, casi hecho un harapo, y se iba a la cama al caer la noche para evitar gastar en velas. Se negaba a comprarse un carro, pues montar a caballo era más barato, y más si cabalgaba por tierra blanda, para no tener que comprar herraduras a sus caballos. Si viajaba de noche, buscaba un lugar con hierba para que el caballo pudiera comer gratis, y él dormía bajo un árbol para ahorrar el precio de una habitación en una posada. Su casa se caía casi literalmente a trozos, era una auténtica ruina.
- Pero es que cuando dejó la política, su tacañería se intensificó. En las raras ocasiones que compraba carne, adquiría el animal entero para conseguir un mejor precio, y luego lo comía poco a poco, estuviera como estuviese. Elwes había heredado varias propiedades en Londres, y compró alguna más, hasta llegar a poseer más de un centenar. Pero todas las tenía en alquiler. Elwes y la

vieja que le servía de cocinera y doncella se quedaban en alguna de sus propiedades desocupadas. Su mobiliario se componía de una cama para él y otra para la criada, una mesa y un par de sillas.

Sus constantes mudanzas estuvieron a punto de costarle una vez la vida. En una ocasión, Elwes cayó muy enfermo, pero nadie sabía dónde estaba. Por suerte para él, su sobrino fue a buscarlo. Sobrevivió, pero su estado mental empeoró aún más. Su locura por el dinero le llevaba a envolver cada moneda que tenía en un pedazo de papel y esconderla. Aterrorizado de morir sin un centavo, se despertaba en medio de la noche ahuyentando a ladrones imaginarios. En noviembre de 1789, Elwes murió. No le quedó, lógicamente, más remedio que dejar toda su fortuna, casi intacta, a sus dos hijos nacidos fuera del matrimonio, en cuya manutención nunca había colaborado.

12. A pesar de la sonora oratoria del revolucionario y propagandista francés Honoré Gabriel Riquetti, conde de Mirabeau (1749-1791), durante la Revolución francesa muchos (injustamente o no) desconfiaban de sus verdaderos móviles, especialmente aquellos que supieron de su secreta alianza con el rey, que le pasó una renta en sus últimos años. Un contemporáneo llegó a afirmar:

—Es capaz de cualquier cosa por dinero. Incluso de hacer una buena acción.

13. La cosecha agrícola francesa de 1783 fue muy pobre, pero, pese a ello, los vasallos de las tierras del militar y estadista francés marqués de Lafayette (1757-1834) en Chavaniac habían conseguido llenar los graneros de trigo.

—La mala cosecha ha elevado el precio del trigo —le dijo al marqués uno de los administradores—. Es el momento de vender.

Lafayette pensó en los hambrientos lugareños de las localidades cercanas y dijo:

—No; es el momento de dar.

14. Cierta día, jugaban al ecarté el hacendado James Rothschild (1792-1868) y el príncipe Charles-Maurice de Talleyrand-Périgord (1754-1838). En el momento de pagar la apuesta se le cayó a Rothschild

una moneda de veinte francos, que rodó por el suelo. En su ansiosa búsqueda, apartó la silla, se inclinó y miró concienzudamente debajo de todos y cada uno de los muebles. Talleyrand, harto de que una persona tan rica se mostrase tan ruin, sacó de su cartera un billete de quinientos francos, lo dobló, lo encendió en una vela que había sobre la mesa y dijo sencillamente:

—¿Permite usted que le alumbre?

15. Uno de los yernos del magnate naviero y ferroviario estadounidense Cornelius Vanderbilt (1794-1877) necesitaba cincuenta mil dólares para montar un negocio y pensó en su suegro para conseguir financiación. El anciano le preguntó cuánto esperaba sacar de esa inversión.

—Cerca de cinco mil al año —fue la respuesta del yerno.

—Ya sé cómo ahorrarme quince mil dólares —dijo Vanderbilt.

—Dígame cómo.

—Te pagaré cinco mil al año de aquí en adelante durante siete años, y tú, durante ese tiempo, te considerarás empleado mío por ese salario.

16. El magnate naviero y ferroviario Cornelius Vanderbilt (1794-1877) tenía un estilo único. Cuando Charles Morgan y C. K. Garrison, también dos grandes empresarios estadounidenses de la época, aprovecharon su ausencia para hacerse con el control de la línea de ferrocarriles de California, Vanderbilt les dirigió una carta tan corta como sincera y contundente:

—Caballeros: ustedes se han propuesto estafarme. Han jugado deslealmente y eso se paga caro. No entablaré juicio contra ustedes, porque la ley se demora mucho. Pero me he propuesto arruinarlos. Sinceramente suyo, Cornelius.

17. El papel tan activo que Cornelius Vanderbilt jugó en el desarrollo inicial del ferrocarril le llevó a ser víctima de uno de los primeros accidentes ferroviarios ocurridos en Estados Unidos. El 11 de noviembre de 1833, Vanderbilt viajaba como pasajero en un tren de la línea de ferrocarriles Camden & Amboy que descarriló en unos prados próximos a Hightstown, en Nueva Jersey, debido a la rotura

de un eje de carro. Se rompió dos costillas y se perforó un pulmón. Pasó un mes recuperándose de las heridas. En el mismo accidente resultó ileso el presidente de Estados Unidos John Quincy Adams, quien viajaba un vagón por delante del descarrilado.

18. Como es sabido, el escritor francés Honoré de Balzac (1799-1850) estaba siempre abrumado por las deudas, y, para salir de ellas, su rica imaginación ideaba constantemente los más diversos proyectos a fin de hacerse con dinero. Un día se encontró con el escritor, dibujante y abogado Henri Monnier (1805-1877), a quien estimaba mucho, y le explicó el proyecto de un negocio magnífico que, según sus cálculos, les daría siete millones de francos a cada uno. Monnier, que le escuchaba con gran atención, le contestó enseguida:

—Me parece magnífico tu proyecto: adelántame veinticinco francos.

19. Honoré de Balzac andaba siempre mal de dinero. Un buen amigo le prestó una vez mil francos, pero con una condición:

—Me los devolverás con el producto de tu primer libro.

—Con el de mi próximo libro, no —repuso Balzac, que le propuso otro trato—; con el mejor de mis libros, mi obra maestra que pronto aparecerá.

El amigo aceptó. Apareció una obra de Balzac, y el acreedor fue a cobrar su dinero, pero éste le dijo que aquélla no era su obra maestra, y que, con seguridad, la próxima sí lo sería. Y lo mismo le contestó tras ir publicando todos sus restantes libros, con lo que la deuda quedó siempre sin pagar.

20. Durante sus años de pobreza, Honoré de Balzac vivió en una buhardilla sin calefacción y semiamueblada. Tenía una larga lista de deudas, lo que hacía que constantemente estuviera rodeado de acreedores. En cierta ocasión uno de ellos, harto de no cobrar lo que le debía el novelista francés, se le acercó y le dijo:

—Mire usted, *monsieur*, mañana debo pagar una deuda muy importante y le agradeceré mucho que tenga a bien pagarme usted hoy.

Balzac fingió estupefacción y replicó a su acreedor:

- ¡Muy bonito, usted se dedica a contraer deudas y viene a mi casa con la intención de que yo se las pague!
21. Honoré de Balzac notificaba a los presentes la defunción de su tío, el cual le había dejado en herencia todos sus bienes.
—Ayer al anochecer —dijo—, mi tío y yo pasamos a mejor vida.
22. Una noche, en una de aquellas épocas de ruina que se abatían periódicamente sobre la vida del escritor francés Honoré de Balzac, un ladrón se coló en su casa y se puso manos a la obra, tratando de forzar la cerradura del escritorio. Estaba totalmente absorto en su labor cuando oyó una risa sarcástica procedente del dormitorio. Era Balzac, que se suponía que tenía que estar durmiendo.
—¿De qué te ríes? —le preguntó el ladrón.
—Me río porque me hace gracia el riesgo que corres entrando aquí de noche para intentar encontrar dinero en un sitio donde ni su legítimo dueño encuentra ni una moneda a plena luz del día.
23. A uno de los miembros de la rama francesa de la familia Rothschild le hicieron unas preguntas sobre su familia, entre ellas, la siguiente:
—¿Cómo se las ingeniaron en su familia para amasar tan vasta fortuna?
—Siempre vendiendo demasiado pronto —contestó el barón.
24. En cierta ocasión, el escritor francés Alejandro Dumas, hijo (1824-1895) se encontró en la calle con un gran amigo suyo.
—No sabes cuánto me alegro de tropezarme contigo —le dijo éste— porque necesito algo de ti. Me hacen falta con toda urgencia cincuenta francos.
—En este momento no llevo encima más que veinte francos —le respondió Dumas—; pero no te preocupes. Aquí cerca vive mi padre, subiré a su casa y le pediré que me preste los restantes.
Subió y al cabo de unos momentos bajó con aspecto alicaído.
—¿Qué? —le preguntó el otro ansiosamente.
—Que ahora no me quedan más que cinco francos —respondió Dumas.

25. El dramaturgo francés Victorien Sardou (1831-1908) dio a un mendigo una moneda de diez céntimos. El pobre se enfadó ante lo exiguo de la limosna y le dijo desafiante:
- ¿Qué quiere usted que haga con esto?
 - Puedo sugerirle que dé esa moneda a un pobre —le contestó Sardou.
26. A pesar de que desde 1831 dejó prácticamente de componer, Gioacchino Rossini (1792-1868) gozaba de tal fama en Francia que, cierta vez, se organizó en la ciudad de París (en la que residió desde 1823 hasta su muerte) una cuestación popular para allegar fondos con que erigirle un estatua. Enterado del asunto, el propio Rossini quiso precisar algunos extremos con los promotores de la idea, para lo que les hizo visitarle y les preguntó:
- ¿Y cuánto dinero se ha reunido ya para este fin?
 - Cerca de ochenta mil francos —le contestaron.
 - Miren ustedes —dijo Rossini—, cuando la cifra aumente a cien mil, díganmelo. No gasten el dinero en la estatua, será mejor que me lo den a mí, y yo iré todos los días a ponerme un ratito sobre el pedestal.
27. Cierta día le preguntaron durante una comida al abogado, diplomático y multimillonario estadounidense Joseph Hodges Choate (1832-1917), que fue durante muchos años embajador estadounidense en el Reino Unido, quién le habría gustado ser, de no ser él mismo, y él respondió sin dudar:
- Mi heredero.
28. Un hipócrita tiburón de los negocios se creyó en la necesidad de decirle un día al escritor y humorista estadounidense Mark Twain (1835-1910):
- Antes de mi muerte pienso hacer una peregrinación a Tierra Santa; quiero subir a lo alto del monte Sinaí para leer en voz alta los Diez Mandamientos.
 - Podría hacer usted una cosa mejor todavía —replicó Mark Twain—: quedarse en su casa de Boston y cumplirlos.